



Misérias



por *Trinidad Noguera*
Lda. en Ciencias
Políticas

-¿De dónde eres? -la señora escrutaba la carita sucia y delgada, los hermosos ojos almendrados, con un gesto de ternura impotente.

-De la Rumanía -respondió el pequeño. Su acento, sus ropas, sus rasgos insinuaban levemente su procedencia extranjera; tan levemente, que podían confundirse con las de cualquier otro chiquillo de ocho años. Sólo una vejez imposible en el fondo de sus iris castaños recordaban que no era igual al resto. Cerró el puño, ávido, sobre la limosna de la señora, y salió corriendo del bar, hacia la calle, donde el sol calienta a todos en el mismo idioma.

El mundo está lleno de mendigos de medio metro. Son la cosecha amarga que siembran todas las guerras, que acompaña a los grupos de refugiados, que se agarra a las faldas de la enfermedad, el hambre y la miseria. Son el estandarte del abandono de los adultos: padres irresponsables, indigentes, desesperados; gobiernos y autoridades internacionales sujetos a exigencias e intereses que dejan a la infancia -máxime si se atreve a asomar de ese submundo innumerable- sistemáticamente fuera de las estadísticas y los programas de ayuda para el desarrollo. Estos seres que no existen más allá de su propia y exigua presencia sirven de carnaza para el abuso. Los ejemplos se cuentan por millares: desde el caso Arny o las niñas secuestradas en Bélgica, a las putitas de trece años que se encuentran en todos los burdeles; desde los orfanatos chinos a las fabelas brasileñas; desde las jornadas de once horas en las minas, las fábricas y los arrozales del sudeste asiático, a los críos cuyos propios padres enseñan a mendigar (o a robar) a

cualquier hora del día o de la noche. ¿Qué madre no se lleva la mano al bolso ante el señuelo de un recién nacido que lloriquea en una caja, con un «mi hijo necesita leche» escrito en el costado? El camino fácil pasa por tachar toda mendicidad de picaresca; se soluciona publicando, como en época de Franco, una «ley de vagos y maleantes», y negando a los inmigrantes -con demasiada frecuencia de otro color- la venta de baratijas en los municipios. A veces el único recurso honrado que les queda antes de recurrir al narcotráfico o el robo. Por desgracia, no basta esconder la cabeza bajo el ala para hacer desaparecer la tragedia. Los monstruos que nuestra civilización crea terminan siempre por salir de los armarios, aunque intentemos atrancar las puertas y olvidarlos. No todo el que pide lo hace «por vicio», por mucho que sea cierto que en algunos sitios la mendicidad organizada pueda ser un auténtico y lucrativo negocio. Hay quienes extienden la mano -y su número, lejos de disminuir, aumenta- divididos a partes iguales entre la necesidad y la vergüenza. De quienes fingen un pudor que no sienten, y se disfrazan de pobres para ganarse un sueldo a costa de la buena fe ajena, no sé decir si me inspiran más asco que lástima, o viceversa. Talento artístico desperdiciado, cuando tan bien se camuflan entre la triste variedad de la miseria. Talento que se vuelve veneno si se inculca a los menores, si se les entrega como único oficio y única herencia, encerrándolos en el círculo vicioso de la marginalidad. Los niños mendigos se ven abocados, casi con la regularidad de un atroz imperativo categórico, a deslizarse por una pendiente de penuria y delincuencia, al final de la cual les encuentra

la muerte en una noche helada de invierno, abrigados con cartones y «tetra-briks» de vino peleón, en la soledad de un portal o el banco de una plaza.

No puedo evitarlo, me entra la risa amarga cuando alguien dice que no da limosna porque no quiere que se gasten su dinero en vicios, como si los pobres, por serlo, tuvieran además la obligación de ser más íntegros y ejemplares que el resto. Los que así se expresan me dan siempre la impresión de que entienden la caridad como una inversión en Bonos del Estado: «yo le financio la leche de los niños, pero, ojo, no se vaya usted a gastar MIS cuartos en el bar de la esquina, porque entonces estará usted estafando al contribuyente». Entregado el notable desembolso de cinco duros, y ya con la conciencia satisfecha tras la buena obra del día, el «contribuyente» se da media vuelta y apura su caña de cerveza. Eso sí, el receptor del óbolo queda eternamente en deuda con su benefactor, y deberá rendir cuentas por los siglos de los siglos del uso dado a los cinco duros en cuestión. Y si no procede así, es un vicioso y un ingrato.

Es fácil pasar una bayeta a los azulejos de la mala conciencia, pero las limpiezas superficiales no superan nunca la «prueba del algodón». La solidaridad auténtica no es un compromiso fácil, y no todo el mundo está preparado para asumirlo. Yo soy la primera que se confiesa incapaz de irse a Burundi con Ayuda en Acción. Cada cual que purgue su cobardía o su egoísmo como mejor quiera y pueda. Sólo una miseria me parece mucho peor que la miseria; una de verdad intolérable: la del hipócrita.